

tomar de Francia (1), á saber: Furnes, Yprés, Menin, Lila, Tournai, Condé y Maubeuge, y por añadidura las plazas de Huy, Lieja y Bonn y el restablecimiento de la tarifa de 1664.

El rey sentía tanta necesidad de paz «que la relación del presidente Rouillé ni siquiera le irritó.» Entabláronse negociaciones y se trató de dar á Felipe V el reino de las Dos Sicilias; pero cuando se pusieron de por medio el príncipe Eugenio y Marlborough, los holandeses reprodujeron todas sus exigencias, pues, sabedores de la situación desesperada en que se hallaba Francia, querían volver al estado de cosas de la paz de los Pirineos.

Los holandeses declararon, en 21 de abril, «que jamás consentirán los aliados en dejar al rey Felipe la menor parte de la monarquía de España, ni como indemnización ni por ningún otro título que fuese solicitada;» y en cuanto á la barrera, nada querían rebajar.

Rouillé creía que el rey le llamaría en cuanto conociera aquellas condiciones, mas no fué así: A las calamidades de la guerra juntábanse otros males (2): un frío excesivo que á principios de enero sucedió repentinamente á un deshielo, había destruído toda esperanza de cosecha, y el hambre, que asolaba ciertas regiones, amenazaba propagarse á la nación entera. «Durante unos cuantos meses no se comió en París más que pan moreno, y en Versalles mismo, muchas familias, entre ellas la señora de Maintenón, se alimentaron con pan de avena.» El desaliento era general y entre las personas que formaban la corte del monarca no faltaban partidarios de la paz á todo trance. El día 28 de abril, Luis XIV congregó en Versalles al Delfín, al duque de Borgoña, al canciller Pontchartrain, al duque de Beauvillier, jefe del Consejo de la hacienda, á Chamillart, Desmaretz y Torcy; Beauvillier expuso «la necesidad apremiante de la paz» como consecuencia de la miseria en que se hallaba Francia; Pontchartrain «aún puso más sombras en aquella cruel pintura,» y Desmaretz confesó que había agotado los recursos. «Difícil sería describir una escena tan triste como esa, escribe Torcy en sus *Memorias*, ni siquiera pudiendo revelar el secreto de lo más conmovedor que hubo en ella.» «Aquel secreto, dice Voltaire, no era otro que el llanto que se derramó. «El rey, hondamente impresionado por el estado de su reino.» se decidió á hacer los últimos sacrificios, y Torcy leyó el despacho que había redactado para Rouillé, recomendándole que obtuviese de los diputados holandeses una explicación clara y precisa, pero que de ningún modo rompiese con ellos, y se brindó á ir personalmente á Holanda.

En efecto, llegó á La Haya en 6 de mayo y Heinsius, que no había tenido noticia de su viaje, no pudo disimular su asombro al ver que un ministro de Luis XIV iba á aquella capital en demanda de la paz.

Torcy negoció primeramente con los holandeses á quienes ofreció las ciudades francesas, inclusa Lila, que habían pedido para la barrera; pero aquéllos nada qui-

(1) Así se denominaba el grupo de provincias septentrionales del reino que Francia había arrebatado á los Países Bajos españoles: Artois, las Flandes marítima y walona, Cambresis y el Hainaut francés.

(2) De Boislisle, *Le grand hiver et la aissette de 1709*, «Revue des Questions historiques,» 1903.

sieron pactar sin que estuvieran presentes sus aliados, Marlborough, que en 18 de mayo se había reunido en La Haya con el príncipe Eugenio, exigió que Felipe V fuera desposeído sin compensación y aconsejó que el rey de Francia indemnizase á su nieto dándole el Franco Condado constituido en reino vasallo. Luis XIV aceptó el desposeimiento de su nieto, ya que era «el único medio de hacer la paz,» y se conformó con reconocer la sucesión protestante y con destruir el puerto y las fortificaciones de Dunkerque, y hasta se llegó á una inteligencia respecto de la expulsión del pretendiente, quedando de este modo satisfechos así los ingleses como los holandeses. Pero el príncipe Eugenio reclamó la restitución de Estrasburgo y de la Alsacia, en vista de lo cual Torcy y Rouillé se dispusieron á salir de La Haya, después de haber ofrecido en vano «la restitución de Estrasburgo al imperio para que fuese, como antes, ciudad imperial.»

Heinsius, sin embargo, pudo evitar que se marcharan pidiendo á Rouillé que redactara los artículos sobre los cuales había acuerdo y á los que se añadirían las peticiones de los aliados relativas á los puntos litigiosos, enviándose después todo ello á Luis XIV, de cuya respuesta dependería luego que se firmase un armisticio ó se reanudasen las hostilidades. El rey declaró, en cuanto á la sucesión de España, que abandonaría á su nieto y retiraría de allí sus tropas; pero los aliados, que sabían que Felipe V, que últimamente había hecho reconocer su hijo como sucesor por las Cortes, se defendería, no quisieron encargarse de expulsarlo y, por ende, proseguir la guerra mientras Francia permanecía en paz. Por último Torcy, «convencido de que no cabía esperar la firma de un tratado,» creyó que sería conveniente «saber, por lo menos, en qué condiciones concretas consentirían en la paz los enemigos,» y al efecto pidió al pensionario que redactase un proyecto de tratado. Heinsius, después de haber consultado con Marlborough, con Eugenio y con Zinzendorf, recientemente enviado por el emperador, entregó á Torcy, en 27 de mayo, un plan en cuarenta artículos que ha sido denominado los Preliminares de La Haya.

En aquel documento habían reproducido los aliados todas sus pretensiones, añadiéndoles la siguiente: Luis XIV reconocerá á Carlos III como rey y señor de todos los Estados y de la monarquía de España y hará de modo que en el término de dos meses su nieto deje el reino libre al príncipe austriaco; y para el caso de que Felipe se negase á ello, «el rey cristianísimo y los príncipes estipulantes adoptarían las medidas convenientes para asegurar el pleno efecto del presente convenio.» De suerte que aun aceptando Luis XIV aquel proyecto que contenía tantas cláusulas penosas, entre ellas la cesión de Estrasburgo al imperio, la de Terranova á los ingleses, la demolición de las fortificaciones y del puerto de Dunkerque y la restitución de Saboya á su duque, no se le otorgaba la paz sino simplemente un armisticio de dos meses, durante el cual podrían formularse nuevas exigencias. Y á pesar de todo esto, el rey de Francia aceptó todas aquellas condiciones, excepto la del artículo IV que le habría obligado á declarar la guerra á su nieto; mas como precisamente lo que querían los vencedores era imponerle esa humillación y esa vergüenza, quedaron rotas las negociaciones.

Luis XIV quiso hacer á sus pueblos jueces de su conducta y de la de sus enemigos. Ya en 1706 deseaba Vendome que el monarca apelase á la nación convocando los Estados Generales: «Si los enemigos rechazan las conferencias públicas que se les han propuesto—escribía á Chamillart en 21 de octubre,—entiendo que no le queda al rey otro recurso que reunir prontamente los Estados de su reino y exponerles personalmente la insolencia de nuestros adversarios; y no dudo de que un paso como éste despertaría la altivez de la nación y nos proporcionaría el medio de proseguir la guerra...» Luis XIV no podía convocar á los diputados de la nación sin renegar de todo su reinado y de sí mismo, pero escribió á los arzobispos, gobernadores é intendentes una hermosa carta en que les explicaba el estado de las negociaciones y que terminaba con estas palabras:

«Mi intención es, pues, que todos aquellos que desde hace tantos años me dan pruebas de su celo contribuyendo con sus trabajos, con sus bienes y con su sangre á sostener una guerra tan pesada, sepan que el único precio que mis enemigos pretendían poner á los ofrecimientos que he tenido á bien hacerles, era un armisticio cuyo término, limitado al espacio de dos meses, les proporcionara mayores ventajas que las que pueden esperar de la confianza que tienen en sus tropas... Quiero que mis pueblos sepan por vosotros que disfrutarían de la paz si sólo de mi voluntad hubiese dependido conseguirles ese bien que con razón desean, pero que es preciso conquistar con nuevos esfuerzos, ya que las condiciones inmensas que yo habría concedido son inútiles para el restablecimiento de la tranquilidad pública.»

Después de publicada esa carta, «resonó en todo el reino un grito unánime de indignación y de venganza.»

#### VI. — Malplaquet y Gertruidenberg

A fines de mayo de 1709 el estado de nuestras fuerzas militares ya no era desesperado. Al comenzar el año, no se tenía la seguridad de poder poner en pie de guerra tres ejércitos; las escasas tropas que guarnecían las fronteras carecían de trigo y de forrajes y parecían estar en víspera de morir de hambre; los almacenes hallábanse vacíos y las tierras, á consecuencia de los rigores del invierno, no prometían la más pequeña cosecha; y los proveedores denunciaban sus contratos. La situación del ejército del Norte era aún peor que la de todos los demás, pues las marchas y contramarchas de la anterior campaña habían extenuado á los hombres y los caballos; las guarniciones se diseminaban por las ciudades para saquear y batallones enteros desertaban.

Pero la misma miseria facilitó los alistamientos. «El rey vendió parte de su vajilla de oro por cuatrocientos mil francos, y los señores más ilustres enviaron sus vajillas de plata á la Casa de la Moneda.» La flota de México había llegado á Saint-Malo, trayendo para varios comerciantes franceses veinte millones que el rey tomó entregando en cambio billetes, y gracias á este empréstito forzado y á la refundición de las monedas ordenada por Desmaretz, pudo hacerse frente á las necesidades más apremiantes comprando trigo en el extranjero, reparándose el material de guerra y enviándose á las tropas uniformes y zapatos.

En el Norte, los intendentes de Bernieres, Claudio Le Blanc (1) y Doujat y el proveedor Fargués, «que era un hombre único é incomparable en su género,» hicieron prodigios de actividad; en el Delfinado, el intendente de Angervilliers vendió su vajilla de plata para comprar subsistencias; para fabricar económicamente pan de munición se mezcló el trigo con centeno y con avena, y si no hubo posibilidad de hacer reservas y constituir almacenes, por lo menos se consiguió que las tropas viviesen. Además Luis XIV retiró de España las fuerzas que allí había enviado.

Los enemigos se pusieron de acuerdo para obrar de concierto por el lado de los Alpes y del Rhin, y pasaron las fronteras, pero no llegaron muy lejos. La derrota sufrida por Mercy, el 26 de agosto, en Rumsheim, en la Alta Alsacia, obligó á ese general á repasar el Rhin y determinó la retirada de Víctor Amadeo, que había avanzado en Saboya.

En la frontera septentrional intentaron los coligados primeramente forzar los atrincheramientos construídos desde Saint-Venant, en el Lys, hasta Denain, en el Escalda; pero Villars, que había reemplazado á Vendome, caído en desgracia, les cerró el paso, y entonces, renunciando á la ofensiva, pusieron sitio á Tournai en 27 de junio. El marqués de Surville, que ejercía el mando de la ciudad, no la entregó hasta después que se hubieron agotado los víveres y aun se defendió en la ciudadela hasta el día 2 de septiembre. En el entretanto, Marlborough y Eugenio, después de haber intentado forzar las líneas hacia la parte de Orchies, marcharon sobre Mons. Villars había remozado el ejército, pues sabía manejar al soldado y consolarle de los ayunos á que por fuerza había de condenarle. «Para dar pan á las brigadas á las cuales hago mover, escribió, hago ayunar á las que permanecen quietas; y cuando esto último sucede, recorro las filas, acaricio al soldado y le hablo en términos que le hagan tener paciencia, y he tenido el consuelo de oír decir á muchos de ellos: «El señor mariscal tiene razón; á veces es preciso sufrir.» El mariscal de Boufflers había ido á servir á sus órdenes como voluntario y ese acto de abnegación militar había producido una impresión excelente. Villars resolvió adelantarse á los enemigos y atacarles de flanco durante su marcha, pero se puso en movimiento demasiado tarde; así es que cuando llegó cerca de Mons, en 9 de septiembre, los aliados se preparaban para sitiar la plaza (2). De haber continuado su movimiento ofensivo, habría sorprendido á las tropas enemigas diseminadas y quizás derrotado á Marlborough sin dar tiempo al príncipe Eugenio para socorrerle; pero como la situación de Francia le obligaba á ser prudente, se detuvo y tomó posiciones en el boquete de Malplaquet (3) entre los bosques de la Lanjere y del Sart, en los que se apoyaban su derecha y su izquierda respectivamente. Al siguiente día, mientras el ejército ene-

(1) V. de Swarte, *Claude Le Blanc, sa vie, sa correspondance*, Dunkerque, 1900.

(2) Marqués de Vogüé, *Malplaquet et Denain*, París, 1892. Teniente Mauriño Sautai, *La bataille de Malplaquet d'après les correspondants du duc du Maine à l'armée de Flandre*, «Revue d'Histoire rédigée l'Etat-Major de l'armée,» 1902-1904. Véase una nota bibliográfica sobre Malplaquet en Saint-Simón, ed. de Boislisle, t. XVIII, pág. 511-514.

(3) Malplaquet es un caserío del municipio de Taisnières (distrito de Avesnes), situado en la actual frontera de Francia.

migo se instalaba enfrente de él, hizo construir obras de defensa en todo su frente. Villars sólo disponía de cien mil hombres y ochenta cañones; sus adversarios contaban respectivamente con ciento veinte mil y ciento veinte.

La acción se trabó el día 11 de septiembre. Eugenio y Marlborough habían resuelto atacar simultáneamente las dos alas, y á las ocho de la mañana los holandeses se arrojaron sobre las líneas que protegían el ala derecha, en donde estaba Boufflers. El anciano mariscal, que tenía entonces setenta años, que «era por su valor una especie de león y daba las órdenes con la misma sangre fría que si se hubiese hallado en su cuarto,» contuvo al enemigo que había penetrado hasta en el tercer foso, y le rechazó, pero no pudo tomar la ofensiva porque las trincheras le estorbaban los movimientos. El ala izquierda, después de una vigorosa resistencia, cedió al fin, aunque sin desorden; Villars acudía para apoyarla con refuerzos tomados del centro, cuando recibió una herida que le obligó á abandonar el campo de batalla y que tal vez fué causa de que aquella jornada se perdiese. Marlborough y Eugenio arrojaron sus reservas sobre el centro del adversario cortando en dos el ejército francés; y Boufflers, después de un furioso combate de caballería, ordenó la retirada, que se efectuó sin dejar en poder del enemigo ni un cañón ni una bandera. Los franceses habían perdido diez mil hombres, y los aliados veintitrés mil; estos últimos, extenuados por aquella victoria, desistieron de la invasión de Francia y se limitaron á apoderarse de Mons. La jornada de Malplaquet «más bien realzó que debilitó el valor de la nación.»

Durante la campaña habían proseguido las negociaciones en Holanda por «vías indirectas.» En Francia persistía la esperanza de llegar á una inteligencia con los holandeses; pero Inglaterra los ligó estrechamente por medio de un tratado secreto firmado en 29 de octubre de 1708, en el que les prometía la anexión de los Países Bajos bajo la soberanía nominal del emperador, obligándose ellos, en cambio, á no negociar con Luis XIV si no reconocía la sucesión protestante en Inglaterra y no expulsaba de Francia al pretendiente.

Reanudáronse las negociaciones en 9 de marzo de 1710, estando Francia representada por el mariscal de Huxelles y por el padre Polignac, «el primero, dice Voltaire, hombre frío, taciturno, de un espíritu más prudente que elevado y atrevido, y el segundo, que después fué cardenal, uno de los mejores y más elocuentes ingenios de su siglo,» y la coalición por Buys y Van der Dussen. Esos diplomáticos conferenciaron primero en una embarcación, en el Moerdyc, y luego en una pequeña fortaleza de Gertruidenberg, pues los coligados querían tener á los franceses lejos de las grandes ciudades, por miedo de que influyesen sobre los partidarios de la paz.

La principal discusión versó sobre la cuestión siguiente: ¿se comprometerá el rey de Francia á hacer salir de España á Felipe V? Polignac y de Huxelles hicieron ver la buena fe de Luis XIV que había retirado sus tropas de España, que estaba dispuesto á firmar un tratado separado, con exclusión de su nieto, y que hasta ofrecía entregar á los aliados cuatro plazas del reino en depósito, como garantía de su promesa de no ayudar á Fel-

pe V en modo alguno. Después de estas manifestaciones propusieron que se diese al rey de España una compensación, Nápoles y Sicilia, ó Sicilia solamente, á fin de inducirle á que *motu proprio* renunciase á la corona. A todo esto contestaron los representantes de los aliados que la aceptación de Sicilia por Felipe V, como indemnización, era muy dudosa y quisieron que Luis XIV se obligase á expulsar de España á su nieto.

Los franceses pedían que el documento que se acordase fuese definitivo y que, una vez firmado, no pudiera formularse ninguna otra reclamación de las muchas que ellos preveían; pero los holandeses se negaron á garantizar cosa alguna, de manera, como escribía Polignac, que aun en el caso de que Su Majestad consintiera en todo, no obtendría, á lo sumo, «más que un armisticio miserable é inseguro.» Sobre tales bases era imposible llegar á un acuerdo.

Luis XIV mostróse «firmemente resuelto á rechazar toda proposición que le obligase á declarar la guerra á Felipe V fuese por la causa que fuese, de suerte que todo el mundo esperaba la ruptura de las negociaciones: «y tan convencido de ello estaba el público, dice Torcy, que en La Haya era muy corriente apostar tres contra uno por la inutilidad de las conferencias.»

Pero ¿cómo continuaría Francia la guerra? Los aliados habían penetrado en las líneas de Flandes y en 22 de abril ponían sitio á Douai. Villars no había ocultado á Torcy que «el Estado se hallaba expuesto á los azares de una jornada,» y él, que generalmente se mostraba más confiado, había creído en aquella ocasión «deber, como buen súbdito, apremiar á Su Majestad para que firmase la paz en condiciones duras, incluso declarando la guerra al rey de España.» Por otra parte, la nación española estaba irritada por la retirada de las tropas francesas, y Felipe V sentíase inclinado á negociar con los aliados contra Francia; así, Blecourt escribía á Torcy desde Madrid que «si no se socorría á España iba á tenerla Francia por enemiga.»

Torcy opinó que era menester otorgar una nueva concesión y propuso que se ofrecieran á los enemigos subsidios como contribución á la guerra que harían para expulsar de Madrid á Felipe V y para obligarle á aceptar una indemnización. En el Consejo, Desmaretz, Pontchartrain y Beauvillier fueron de la misma opinión, á la que también se adhirió el Delfín y el duque de Borgoña, no sin antes haber protestado de ella, y Luis XIV ordenó á sus plenipotenciarios que hiciesen esa proposición «á discreción y sólo, á ser posible, cuando creyeran seguro el éxito.»

Rechazado á aquel arreglo por los holandeses, Luis XIV hizo aún otra concesión y fué la de renunciar á toda indemnización para su nieto; pero en una sesión celebrada en 13 de julio, Buys y Van der Dussen declararon que el rey no podía «eximirse de entregar España y las Indias» y le dieron para hacerlo un plazo de dos meses.

Aquella sesión fué la última. Puesto que era preciso continuar la guerra, Luis XIV «prefirió hacerla á sus enemigos que á sus hijos,» y el Consejo fué de parecer de «que sería una baja sin provecho dejar que los plenipotenciarios permaneciesen más tiempo en Holanda.» Torcy envió á éstos una memoria en la que sentaba que el rey había hecho todos los ofrecimientos

y todas las concesiones compatibles con el honor, y ellos escribieron á Heinsius en 20 de julio en los siguientes términos: «Si la injusticia y la obstinación de sus enemigos le quitan toda esperanza de obtener la paz, Su Majestad, confiándose á la protección de Dios, que sabe, cuando le place, humillar á aquellos á quienes la prosperidad encumbra, dejará que Europa, sin exceptuar á los súbditos de la República de Holanda, ni á los del Reino de Inglaterra, juzgue y reconozca á los verdaderos autores de la continuación de una guerra tan sangrienta.»

El gobierno inglés declaró, en 27 de julio, la continuación de la guerra, echando la responsabilidad de la misma sobre Francia, que se esforzaba por eludir el artículo capital, es decir, el despoamiento de Felipe V. Marlborough no quería la paz, pues habiendo caído su esposa en desgracia de la reina Ana y estando amenazado su propio prestigio, sólo la guerra y las victorias podían sostenerle; el emperador habíase mostrado intratado durante las negociaciones y Holanda había dejado hacer á los aliados, desperdiciando la ocasión de dictar la paz, ocasión que ya nunca más volverá á ofrecérsese.

### CAPÍTULO III

#### LA SOLUCIÓN (1)

I. La campaña de 1710 y el cambio ministerial en Inglaterra. Los preliminares de Londres. — II. El Congreso de Utrecht. La victoria de Denain. Estipulación de los tratados de Utrecht (11 de abril de 1713). — III. Las últimas hostilidades. Los tratados de Rastadt, de Baden y de la Barrera. — IV. Europa en 1715.

#### I. — La campaña de 1710 y el cambio ministerial en Inglaterra. Los preliminares de Londres

En el año 1710, cuando Francia desesperaba á la vez de la paz y de la guerra, la suerte se le mostró propicia. En la frontera del Norte, que parecía abierta á la invasión, el enemigo se apoderó, en junio, de Douai; pero Villars impidió que marchase sobre Arrás y Cambrai,

(1) FUENTES: Además de las generales citadas anteriormente y en particular las *Mémoires de Lambert* y el *Corps diplomatique de Dumont*: Vast, *Les grands traités du règne de Louis XIV*, en la «Collection de textes pour servir l'étude et à l'enseignement de l'Histoire,» fascículo 3.º, 1899. *Actes, mémoires et autres pièces authentiques concernant la paix d'Utrecht, 1712-1715*, 6 vol. Bolingbroke, *Letters and correspondence of Henry Saint-John, lord viscount Bolingbroke*, 1798, 2 vol. Walpole (Roberto), *Rapport du comité secret nommé par la Chambre basse du Parlement pour faire l'examen des livres et papiers qui roulent sur les négociations de la dernière paix et du traité de commerce*, traducción francesa, Amsterdam, 1715, 1 vol.

OBRA: Además de las anteriormente indicadas sobre las operaciones militares: Freschott, *Histoire du congrès et de la paix d'Utrecht*, 1716. W. Gerard, *The peace of Utrecht. A historical review of the great treaty of 1713-1714, and of principal events of the spanish succession*, 1835. C. Giraud, *Le traité d'Utrecht*, 1847. Lord Mahon (Earl Stanhope), *History of England from the peace of Utrecht to the peace of Versailles*, 7 vol; el 1.º vol. De Courcy, *La coalition de 1701 contre la France*, 1886, 2 vol. (El autor se ocupa principalmente de las negociaciones de Rastadt y de Baden). O. Weber, *Der Friede von Utrecht (1710-1713)*, 1891. Schorer, *Der englisch-französische Handelsvertrag vom Jahre 1713*, Disertación inaugural (Derecho), Munich, 1900.

y aunque los aliados tomaron algunas otras plazas, el citado general, atrincherado detrás de las líneas establecidas entre las fuentes del Scarpe y las del Canche, les cerró el camino de París. En el Rhin y en los Alpes las hostilidades proseguían sin novedad. Los grandes acontecimientos sucedieron en España.

A principios del año, Felipe V, abandonado á sí mismo por Luis XIV, hubo de hacer frente á toda la coalición. Carlos III recibió en Cataluña los refuerzos que su hermano, el emperador José, le enviaba y que fueron conducidos por una escuadra anglo-holandesa, y Starhemberg y Stanhope, mayor general de los ejércitos británicos, mandaban sus tropas. Los aliados salieron de Cataluña, derrotaron á Felipe V cerca de Lérida en julio, y junto á Zaragoza en agosto, y entraron en Madrid en septiembre; pero Madrid y Castilla se mantuvieron fieles á Felipe. Millares de madrileños habían salido con él de la villa y seguidole á Valladolid, y los que se quedaron en la corte hicieron un recibimiento lúgubre á Carlos, quien, para alimentar á sus soldados, hubo de recurrir á las requisas y de dejar que sus tropas saqueasen y maltratasen á los campesinos.

El odio al invasor estalla en todas partes; multiplícanse las cuchilladas y los asesinatos por el hierro y por el veneno; se organizan las guerrillas, y Felipe V, alentado siempre por María Luisa y por la princesa de los Ursinos, reúne todas las tropas de que puede disponer y recurre á los voluntarios. Vendome, reintegrado en la gracia de su soberano, se pone al frente de aquel ejército, porque Luis XIV, después de la ruptura de las negociaciones de Gertruidenberg, ha resuelto ayudar de nuevo á su nieto y comienza enviándole un general, al que luego seguirán soldados. Carlos III, que se había dirigido hacia el Tajo para salir al encuentro de los portugueses, se entera de que el ejército del Rosellón ha pasado los Pirineos, retrocede hacia Barcelona con dos mil caballos, y el mismo camino emprenden Starhemberg y Stanhope, cuya penosa marcha al través de un país asolado, se ve retardada por las guerrillas. Vendome pone en movimiento los veinticinco mil hombres que ha reunido y ejercitado y sale en persecución del enemigo.

La retaguardia, mandada por Stanhope, se detiene en Brihuega y Vendome envía un destacamento para cortar las comunicaciones entre los dos generales enemigos; llega el 8 de diciembre al mediodía delante de la plaza, da el asalto al día siguiente y hace prisioneros á cinco mil soldados con su general. Al otro día, 10 de diciembre, á eso de las tres, Starhemberg, que ha retrocedido, presenta batalla en la llanura de Villaviciosa (2), y aunque no dispone más que de diez y seis mil hombres, resiste tres ataques y no se retira hasta la noche, siendo acosado en su retirada por las guerrillas hasta Barcelona, adonde llega sólo con cinco mil soldados.

Esa campaña, que demuestra la dificultad de conseguir el objeto «capital,» es decir, el despoamiento de Felipe V, dió mucho que pensar á los aliados á quienes también extenuaba aquella guerra larga y tan penosa.

(2) Bittard des Portes, *La bataille de Villaviciosa d'après des témoignages oculaires*, en el «Carnet historique,» IV (1899), páginas 12-26. Véase en Saint-Simón, ed. Boislisle, t. XX, pág. 137, una nota sobre la bibliografía de la batalla de Villaviciosa.